

PRECIO EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11

ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público dos veces por semana.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses. 12 reales.
Valiéndose de comisionados. 14

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses. 30

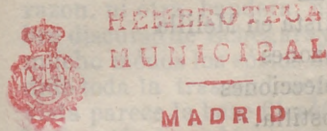
REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle de Gitanos, núm. 11, principal.

NOTAS.

La palabra (progresista) colocada entre paréntesis á la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza de su color.

Se tra.pasan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.



RIGOLETO.

PERIÓDICO (PROGRESISTA).

SALE LOS DIAS 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27 Y 30 DE CADA MES.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores cuyo abono ha terminado en fin del pasado mes de Junio, se servirán renovar su suscripcion antes del 15 de Julio, en cuyo dia á los que no lo hubieran verificado, y tomando su silencio como negacion á seguir siendo suscritores, se les dará de baja.

Los señores suscritores y corresponsales que adeudan á esta empresa, se servirán hacer efectivos los pagos correspondientes.

A los vendedores que no liquiden mensualmente, se les suspenderá la remesa.

APERTURA DEL CASINO CARLISTA DE MADRID.

En la noche del 29 del pasado, dia del apóstol San Pedro, tuvo lugar en Madrid el fausto suceso que anuncia el encabezamiento de estas líneas.

La Providencia está de parte de la gran comunión católico-monárquica.

Al feliz alumbramiento de la Reina doña Margarita, que ha llenado de júbilo el corazon de todos los legitimistas españoles, ha seguido la apertura del Casino de Madrid, acontecimiento lleno de importancia política, que ha puesto de relieve lo numeroso de nuestras fuerzas, el entusiasmo de nuestros correligionarios y el favor que nos dispensa la pública opinion.

Decorado el local con gusto y sencillez, sin rayar en las exageraciones del lujo ni en las de la vulgaridad; resaltando en todo el mobiliario ese término medio de modestia y decencia que dice tan bien á todas las cosas, y que tanto se adopta al carácter de nuestros principios, todos los departamentos presentaban un golpe de vista admirable que arrancaba aplausos de los concurrentes.

Un retrato al óleo de D. Carlos de Borbon, adquirido por la Junta directiva, presidió esta solemnidad, colocado en el salon que lleva su

nombre. Este lienzo no es sólo un retrato, es un cuadro completo, en cuyo fondo se destaca en primer término la figura del Rey de cuerpo entero, vestido en traje de campaña, sin más insignia que el toison. A su izquierda se bosqueja la estatua de la Fama ofreciéndole una corona de laurel; y en la parte superior del cuadro los atributos de Dios, Patria y Rey.

La figura principal, que es la de D. Carlos, tiene un parecido perfecto, y tanto las ropas como la entonacion y colorido nada dejan que desear en punto á exactitud y hábil desempeño.

A las nueve en punto de la noche, todos los departamentos estaban literalmente cuajados de gente, ó por decirlo mejor, macizos, y entre la numerosa concurrencia, que no bajaría de mil personas, estaban dignamente representadas todas las clases de la sociedad.

Allí, mezclados con el pueblo, con ese pueblo que siente y piensa rectamente, con ese pueblo honrado y trabajador que viste de chaqueta, con ese pueblo que no entra en las reuniones encompetadas de los flamantes demócratas del dia, con ese pueblo, de quien se dice prescindien por completo nuestros principios para hacerle pária ó hilota, y á quien nosotros nos complacemos en dar acceso en nuestros consejos, en nuestras deliberaciones, estrechando su mano y fraternizando con él, sinceramente ejerciendo, así la democracia católica, mezclados con ese pueblo repetimos, se veian las notabilidades más ilustres de nuestro partido, los hombres de ciencias y de letras, los títulos de Castilla, los publicistas y los oradores más famosos, los capitalistas y contribuyentes de más representacion; en una palabra, lo más granado de las verdaderas clases conservadoras del país.

A la hora señalada para que se verificase la apertura, se constituyó la mesa, compuesta de la Junta directiva del Casino, y tomando la palabra el vice-presidente Sr. Vinader, pronunció un notable discurso lleno de grandes recuerdos, lleno de bellezas, rico en verdades, pródigo en

razonamientos sólidos, y robustecido por una lógica impregnada de una sensatez incontrastable.

El orador recomendó la calma: suplicó á la concurrencia la mayor circunspeccion, dadas las circunstancias actuales: manifestó que no era la ocasion propicia para prorrumper en aplausos ni en demostraciones ruidosas: que era preciso abrumar á fuerza de orden y de cordura á una situacion que desea hallar pretextos para ejercer sangrientas represiones: en una palabra, que la gran solemnidad que estábamos consumando se prestaba sólo al regocijo del silencio, á la efusion muda, y á la alegría reprimida por la gratitud que debemos á la Providencia, que nos colma por todas partes de favores.

Los consejos del orador fueron atendidos: nadie faltó á su deber: ni una sola voz discrepó de la linea de conducta trazada por las juiciosas palabras del Sr. Vinader: parecia que allí se sentia con un solo corazon y se pensaba con un solo pensamiento.

Despues del discurso del Sr. Vinader, leyó el Sr. Herrero una sentida poesia que insertamos en otro lugar. Despues pronunció el Sr. Carrulla un discurso lleno de sana elocuencia. Despues leyó el Sr. Valcarcel una valiente oda llena de fuego poético. Despues leyó el Sr. Melgar unas bellisimas décimas que se escucharon con agrado. Despues habló el Sr. Vildósola, subyugando á los corazones con lagallardía de su palabra. Y por último, el Sr. conde de Canga Argüelles, el ilustre publicista, el discreto pensador, el juicioso tribuno, que es una de las grandes esperanzas de la patria, cerró la discusion, pronunciando breves palabras que fueron acogidas con entusiasmo, y leyendo los partes dirigidos á la Junta central por las de las provincias con ocasion del fausto alumbramiento de doña Margarita.

A las once de la noche terminó la reunion y los concurrentes abandonaron el local con el mayor orden.

La calle de la Corredera, que es donde está situado el Casino, se vió favorecida durante la sesión por un gentío numeroso que no bajaría de dos mil personas, cuya mayoría pertenecía á nuestra comunión, y no hubo que lamentar el más pequeño esceso.

En resumen: la apertura del Casino carlista de Madrid, será siempre memorable para todos los que tuvimos la suerte de presenciársela.

En ella se ha demostrado que somos un partido perfectamente educado para la vida política: que tenemos organización vigorosa: que somos fuertes por el número y más aun por la decisión y entusiasmo con que profesamos nuestras opiniones: en una palabra, que estamos llamados á realizar los grandes beneficios que de nosotros espera la patria.

¡EN LAS ASTAS DEL TORO!

Es preciso tomar otro camino.

El sendero por donde nos llevan los revolucionarios, es un sendero de perdición.

Las revoluciones es preciso ver que no admiten muchas tintas.

O se hacen al calor de una idea, ó al vapor de una olla.

Si se hacen al calor de una idea, es preciso llevarlas hasta donde alcance la fuerza de esa idea.

Si se hacen al vapor de una olla, basta con sentarse á la mesa del presupuesto.

Conocidas las tendencias y resultados de nuestra *Gloriosa*, puede verse desde luego su espíritu cuál es.

Aquí lo que sucede es que los revolucionarios, en número de unas cuantas docenas, se están divirtiendo con diez y seis millones de habitantes.

¡De qué sirven tantos vivas, tantas canciones y tantos himnos, si no se cumple nada de lo que se invoca!

La verdad es que nos vamos enredando en un laberinto más intrincado que el de Creta.

Aquí todo marchó bien hasta que sonó la hora de comer en Setiembre de 1868.

Desde este momento se quitan los liberales los bocados de la boca.

Y por ser inconsecuentes, lo han sido no sólo con las ideas, sino con las personas.

Así el pueblo sacando la cabeza por entre una maraña de empréstitos Figuerolescos, exclama con la frente erizada porque no la han dejado ya ni pelo.

Estos progresistas son siempre los mismos.

Están pidiendo que concluya la venta de esclavos, mientras dan margen á que los vendan á ellos por melones.

Los revolucionarios de hoy son, sin embargo, distintos de los de ayer. Se han cruzado las razas y esto ha bastardeado las castas.

Del matrimonio de progresistas y unionistas nacieron los revolucionarios.

Por eso, aunque son tontos se agarran.

Son de esos que en vez de chuparse el dedo, se chupan la breva que tienen entre manos.

Esta refinación de la casta les ha hecho cometer una ingratitud, una felonía, una atrocidad.

Después del triunfo, y así que cada uno cogió un sitio en la mesa y empuñó la cuchara, se olvidaron de Montpensier que no encuentra un amigo liberal anterior á Alcolea por todos los napoleones del mundo.

Este buen señor está hoy que parte los corazones.

Se han portado con él como con un negro.

Después que fué casi la madre de la revolución, cuando puede decirse que la crió al pezon de su bolsillo, cuando todos sabemos que le costó un ojo de la cara, ahora lo dejan los motineros, como quien dice, colgado.

Y no es eso lo peor, sino que vengan otros y lo cuelguen también.

Gracias á que RIGOLETO ha venido con la misión de volver por los fueros de su tocayo bufo.

Por eso lamenta de todo corazón que se hagan y cometan abusos de esa clase con hombres decentes y de esta categoría.

Casi está RIGOLETO hoy por citar á juicio á la revolución y sentarle bien la vara en defensa de su amigote D. Antonio.

¿No es una picardía que hayan consentido á mi tocayo el gabacho, para coronarle de flores y lo estén coronando de espinas?

Así el pobre hombre se va quedando chupado; lo mismo que la bolsa le van dejando el abdomen.

Hasta la cara se le ha alargado y los moftetes se le han caído como dos chuletas.

Esto es atroz, insufrible, inaguantable.

Esto provoca al suicidio.

Y sino fuera porque se interpuso en el camino del duque la cabeza de su primo, se hubiera saltado los sesos de la suya.

Pero sesos por sesos, lo mismo dá.

Su alteza democrática ha paseado en chanclos, con bufanda, de chaqueta, con paraguas, hasta de calañés, y á pesar de todo nadie repara en que sería un rey campechano.

Y un rey sin palo.

Ni Moreno Benitez sería capaz de averiguar de qué palo es este rey.

Desde luego se comprende no es de alcornoque ni de madera vasta.

Es un rey que ya sabe á donde le aprieta Prim.

¡Oh, si volviésemos otra vez al mes de Setiembre de 1868!

Estoy seguro que el desdichado duque de las escapatorias no se había de quedar con un palmo de narices.

Con razón se queja de los desleales, él, que ha sido leal hasta última hora.

El que ha sido tan amante de su familia.

Que hasta los ha aliviado del peso del trono y de la vida para hacerles más llevaderos los sinsabores de la ingratitud.

Así dice que cuando Montpensier ve pasar algunos personajes en coche, exclama:

—A ese le compré yo la camisa para que saliese á la calle el día 29.

Y la verdad es que su alteza debió comprar muchas camisas, porque había muchos descamisados.

Y estos descamisados son los que no lo conocen así que se han visto vestidos de limpio.

Si Montpensier empezase á recoger camisas, estamos seguros que hasta que tomasen la paga del mes, apenas habría un revolucionario que fuese á la taberna ó al café.

Pobre Montpensier, y como se han divertido con él.

No sabrá su alteza democrática que esta es una situación de jaleo y chacota.

No sabe que los progresistas son mozos de chispas.

Nada, D. Antonio, no hay más que tomar las de Villadiego y decir las verdades en letras gordas.

Justamente estas gentes se asustan de las verdades.

Son tan cortos de genio, que en sintiendo ruido dejan de comer.

D. Antonio, guerra á los traidores, guerra á esos pícaros embrolladores que le han sacado los cuartos (esto es una figura retórica) y lo han dejado en berlina, poniéndole además en las astas del toro.

Á CADA UNO LO SUYO.

¡Viva la revolución!
empinándose hasta el codo
dice gritando un beodo
que está preso en el Peñon.

El jefe de la anarquía
que felizmente nos rige,
grita al escuchar tal dize:
¡Amnistía, amnistía!

Clama un carlista en Melilla
por las únicas razones
de que en unas elecciones
quedó sin una costilla.

Y el jefe de esta maraña,
que es un hombre nada malo,
le grita entonces con saña:
¡Palo, palo!

Hay en Cádiz, como es uso,
un motin, bueno por cierto,
donde sale herido ó muerto
el que no sale contuso.

El jefe da cuatro fajas,
perdona á la pillería,
y dice, contando bajas:
¡Amnistía, amnistía!

Da el grito Polo en la Mancha,
como lo da un caballero;
ni levita ni sombrero
con sangre una vez se mancha.

Le cogen sin resistencia,
y el jefe, como un regalo,
exclama con gran clemencia:
¡Palo, palo!

Se juntan cuatro bribones,
y siempre sin que los vean
periodistas aporrean
y atropellan redacciones.

Reclaman contra el delito
al jefe de policía,
y este dice: eso es un mito.
¡Amnistía, amnistía!

En Valencia hubo un casino
del que no existe ni un hueso
porque le arrasó el progreso
alumbrado por el vino.

Contra tales atropellos
todo el que proteste es malo;
y el progreso dice: «¡A ellos.
Palo, palo!»

Asesinan al alcalde
en Valls y á otros convecinos
saquean los asesinos,
comen y beben de balde.

Y cuando accion tan impía
justicia pronta reclama
la voz liberal exclama:
¡Amnistía, amnistía!

Alzó banderas reales
Balanzátegui valiente,
un carlista más decente
que todos los liberales.

Y aunque á nadie le hizo mal
ni vertió sangre española
dijo el progreso: «Mamola
¡Muera, muera!»

VARIEDADES

EHEGARAY Y SU CÉLEBRE DISCURSO.

ARTÍCULO II.

Abrigaba yo antes algunos escrúpulos acerca de la oportunidad de esta discusión. Hoy se ha desvanecido de mi mente todo recelo, todo temor. El discurso de las nebulosas y de la trenza de pelo, es la historia del origen, la profecía del fin, el programa de gobierno de la revolución. Su examen crítico nunca más oportuno que hoy. Lo que en 5 de Mayo del 69 decía el orador racionalista en un lenguaje sibilino, lo ha confirmado con hechos tangibles el ministro de Fomento, lo están demostrando en su orgullosa impotencia, con su pugilato de vulgares ambiciones los héroes de la setembrina. El discurso del 5 de Mayo del 69 puede encerrarse en esta fórmula algebraica $X=X$, lo que traducido al lenguaje vulgar quiere decir, la nebulosa igual al caos. La situación de los setembrinos en Junio del 70, puede formularse en estas palabras de Zorrilla, *aquí nadie se entiente*. El discurso racionalista es el cuento de los Titanes queriendo escalar el cielo, la revolución es la torre de Babel del pensamiento y de las ambiciones revolucionarias. Dios ha confundido su orgullo y su lengua, para que no pudiendo entenderse se dispersen ellos mismos, ó los arroje España á montes y cerros del trono de la usurpación. Para verificar este acto de soberana justicia, España no necesita otra razón, ni otra bandera, ni otras armas que el célebre discurso de Echegaray. Ni el novel orador ni mucho menos los socios de la Tertulia han comprendido toda la trascendencia que encierra. A primera vista parece la base filosófica del racionalismo revolucionario, pero bien considerado y traducida su argumentación y todas sus frases al castellano rancio y al terreno práctico de la historia y del gobierno, es el más solemne anatema de la revolución pronunciado por boca de su misma sibila. Es el célebre *los Dioses se van* del satírico Luciano, aplicado á los Dioses del Olimpo revolucionario, es el apocalipsis de la religión del becerro de oro, es la última palabra de la libertad brutal del error y del mal. Despojado de la jerga panteística Krausista de que está saturado, y traducido al lenguaje español está reducido á lo siguiente:

Desde Recaredo hasta el paso del puente de Alcolea reinó en España la idea monárquico-católica, bajo el nombre y suave gobierno del derecho divino de los reyes. Pues ahora toca el turno á la idea racionalista y revolucionaria, bajo el despótico é impio poder de los plebeyos. Los reaccionarios pueden consolarse con que del antiguo sistema conservamos el epíteto de divino para aplicarle el derecho nuevo de apropiarnos todo lo divino y todo lo humano. Primera parte que podemos llamar la tesis.

Pero como para alcanzar esta gloriosa conquista hemos sufrido muchas angustias y trabajos, por que saliendo de la nebulosa del Oriente, es decir, de la oscuridad de los clubs, bajo la dirección del Gran Oriente, hemos tenido que atravesar el periodo de quemadero y de las mordazas heréticas, ó sea de un silencio y una persecución que hemos cacareado más de lo justo, por que los moderados eran tan doctrinarios como nosotros; como hemos pasado esas angustias y trabajos, repito, para llegar á la brutal libertad del error y del mal que tanto anhelábamos, y hoy con tanto gusto poseemos, segunda parte que podemos llamar la antítesis.

Señores, cuidadito de no divirnos. *La reacción nos espía*, temo que la obra revolucionaria se convierta en una gran vergüenza ante la historia. Por la diosa razón, señores, tengamos un poco de juicio. Hicimos muy al vivo el papel de víctimas; hemos comprado demasiado baratos unos el renombre de sabios, otros el título de héroes, y todos el diploma de beneméritos de la patria, de la razón y de la libertad para que ahora por alguna inconveniencia se lo lleve todo la trampa. Transijamos en los principios especulativos de la doctrina, que para todos habrá en los principios suculentos de la mesa de la bancarota. En fin, la reacción nos espía, la tradición tiene mucha fuerza; nosotros somos relativamente pocos. Si no tenemos mucho juicio, muy pronto convertimos nuestra obra en una gran vergüenza ante la historia. Tercera parte, síntesis, epílogo ó peroración. Hé aquí el célebre discurso. Ni una idea más ni un pensamiento menos. Voy á probarlo. No me gusta asegurar sin pruebas.

Tratábase en la sesión del art. 21 de la Constitución que establece la libertad de prensa, é impugnándola el Sr. Caneja argumentaba del modo siguiente: «La revolución ha proclamado el dogma de la soberanía del pueblo, y la soberanía absoluta ó regla suprema de la voluntad nacional. Es así que España con un plebiscito continuó de quince siglos confirmado en la historia con las dos epopeyas de la reconquista y de la independencia, y recientemente con millares de firmas, ha declarado que quiere la unidad católica, luego los pocos racionalistas que bullen en la prensa y en el Congreso, por alto y soberano que sea su orgullo deben inclinar su frente ante la majestad de la soberanía y voluntad nacional.» El argumento del ilustre diputado asturiano

hubiera asustado á otro racionalista menos atrevido que Echegaray. Pero el ingeniero no se ahoga en las aguas de la lógica, sino que salta por encima de todas las reglas del pensamiento y contesta. Atención, señores socios de la Tertulia. No digan Vds. después que falsifico para ridiculizar la palabra del naturalista. Es ella y Vds. los que se han puesto en evidencia.

«El Sr. Diaz Caneja no abarca la revolución en conjunto. La revolución es algo más de lo que el señor Caneja supone. ¿Qué quiere decir soberanía nacional? Que ha terminado el derecho antiguo y tradicional, y que principia el derecho democrático. Además de que no es la soberanía nacional el único principio proclamado por la revolución, sino los derechos individuales, que no están sujetos al número, que no podemos confiar al azar de una votación que viene de lo íntimo de la humana naturaleza, que son superiores á toda ley, y que podemos llamar verdaderamente divinos. Uno de ellos es la libertad religiosa, y citar ese derecho que aunque todos los españoles menos uno fueran católicos, ese uno podría decir y tendría razón, yo puedo adorar á Dios de la manera que crea más conveniente. En virtud de ese nuevo derecho, la personalidad humana se ha ensanchado, y como allí donde llega mi pensamiento llega mi derecho, cuando yo con mi trabajo levanto un templo, ese templo, que es mi personalidad, que es mi conciencia materializada, es tan digno de respeto, como yo mismo que tengo el derecho divino de la libertad de creer y de obrar lo que más me convenga.» Hasta aquí el racionalista: en extracto, y despojada de la jerga de las palabras, esta es la argumentación de la primera parte. Para exponerla á la pública vergüenza, basta traducirla al lenguaje del sentido común: exponerla, es refutarla. Oigan ahora por tanto la paráfrasis.

El Sr. Caneja no conoce á la gente racionalista ni las pretensiones de los revolucionarios. La revolución es algo distinto, y muy distinto de lo que cree ó más bien de lo que dice el Sr. Caneja. ¿Qué quiere decir soberanía nacional? ¿El gobierno del pueblo por el mismo pueblo? No, pues que, ¿no conoce, no digo el ilustrado asturiano, sino el más sencillo palurdo que la soberanía del pueblo es ilusoria, que la soberanía del pueblo es un absurdo y un imposible? La misteriosa fórmula, pues, no significa otra cosa que ha concluido el antiguo poder de los reyes y ha principiado el nuevo de los plebeyos. Llamámosla en nuestra jerga soberanía nacional para halagar y seducir al pueblo con lisonjeras promesas y con derechos ilusorios. Es un ardid de guerra, es un lazo, en que sabemos de antemano que cae siempre el incauto pueblo. Por lo demás, los soberanos somos unos cuantos sofistas unidos á otros tantos rebeldes y ambiciosos. Y así cuando decimos razón humana, humana naturaleza, derechos individuales, soberanía nacional, gobierno del pueblo, entiéndase, la razón... de los racionalistas, derechos... de los vocingleros, soberanía... de los rebeldes, gobierno... de los que sabemos explotar el nombre del pueblo.

Pero como esta equivocación de palabras en que se ha fundado el liberalismo está desahogada por la lógica escolástica y por el buen sentido, y el Sr. Caneja, apretando el argumento la ha puesto de manifiesto diciendo, si proclamais la soberanía del pueblo, ¿por qué no la respaldais en esta cuestión religiosa dejando como está la unidad católica que por una inmensa mayoría pide y reclama de vosotros esa misma soberanía del pueblo? Conociendo la fuerza ineludible del argumento, digo: Echegaray ha inventado una teoría nueva para como buen geómetra, escaparse por la tangente.

Hemos proclamado con efecto la soberanía nacional, pero entiéndase bien y en qué sentido. Soberanía nacional desde la bahía de Cádiz hasta el Puente de Alcolea para conseguir con su ayuda el triunfo material, y desde Alcolea hasta el Congreso para que el pueblo nos eligiese sus representantes. En estos dos momentos llamábamos al pueblo soberano, pero una vez conseguido nuestro objeto, la soberanía de la nación la hemos reasumido nosotros, nosotros los sofistas; los ambiciosos somos los soberanos, y si el pueblo que incautamente nos la ha cedido pide una cosa, que aunque le interese á él, pueda dar un átomo de fuerza á nuestros enemigos los representantes de la tradición y del bienestar del pueblo, no hemos de ser tan tontos que nos vayamos á suicidar dando la razón á los reaccionarios, sólo por dar gusto á la voluntad del pueblo.

Admitimos la soberanía nacional, pero ejercida por nosotros á nuestro talante y en conveniencia nuestra. Si el pueblo que nos la cedió se llama andana, nosotros tocaremos á generala y nos veremos las caras. Está V. contestado, Sr. Caneja. Por si esta solución no satisface, allá va otra más ingeniosa aun.

La soberanía nacional no es el único principio proclamado por la revolución. La revolución admitió además y principalmente los derechos individuales, pero entiéndase bien, y en el mismo sentido que la soberanía nacional. Estos derechos son opuestos al derecho tradicional ó de los tradicionalistas, son propios de los plebeyos, son puramente democráticos, decimos, porque *son superiores á toda ley*, aunque nosotros no admitimos ley ni freno alguno que nos contenga: decimos que *no están sujetos al número*, por-

que somos los menos, y sólo en fuerza de astucia hemos podido conquistarlos: decimos que *no están sujetos al azar de una votación*, que podíamos perder por un evento cualquiera, y sobre todo, porque no hemos de atarnos una soga al cuello para que el pueblo nos arrastre, como aconteció á los procuradores de las cortes de la Coruña, en tiempo de Carlos I. Les hacemos brotar del fondo de la humana naturaleza, les llamamos, en fin, *derechos verdaderamente divinos*, para que respete el pueblo en nosotros lo que está acostumbrado á venerar en los reyes. Pero entiéndase bien, repito; esos derechos son exclusivamente nuestros; y si á los reaccionarios los concedemos una sombra de ellos, por no aparecer inconsecuentes, son unos derechos limitados por la interpretación de Rivero, y por el respeto que inspira la partida de la Porra.

Aplicando ahora esta doctrina á la cuestión presente, ó sea al art. 21 de la Constitución, uno de esos derechos es el de la libertad religiosa; *derecho tal, que aunque todos los españoles menos uno fueran católicos, ese uno podría decir y tendría razón*: «Yo puedo adorar al Dios en quien creo de la manera que crea más conveniente.» Y ahí tiene el Sr. Caneja otra idea nueva, y otra nueva solución á su poderoso argumento. Sí, señor. No ha desear sólo el rey absolutista Luis XIV el que ha de poder decir, el Estado soy yo. También nosotros los racionalistas tenemos nuestro yo soberano é independiente de toda ley y de todo respeto y consideración. Aunque todos los españoles fueran católicos, que no lo son, porque algunos somos racionalistas, pero en fin, aunque todos fueran católicos menos uno, ese uno yo, v. gr.: llamado José Echegaray, puedo decir y tengo razón, y si no la tengo, lo diré sin ella, que en virtud de un derecho anejo á la naturaleza, puedo adorar al Dios en quien creo; si es que creo en Dios alguno, de la manera que se me antoje, aunque escandalice á todo el pueblo de Granada.

Sí, porque es menester advertir, que antes de lo de Alcolea, la personalidad de los racionalistas, medida de ordinario en la oscuridad de los clubs, *buscaba espacio, necesitaba expansión*, y no estaba en su centro hasta que ha logrado respirar el ambiente de la libertad, *algo brutal* por cierto, del error y del mal. Pero una vez conseguida esta, la *personalidad humana se ha ensanchado* ó se ha vuelto más ancha. La mia, v. gr.: de un sofista vulgar, ha pasado á ser un sábio, y de un ingeniero como otros á ser ministro de Fomento. Y como allí donde llega mi pensamiento, allí está también mi derecho, cuando yo con mi trabajo levanto un templo, ó aprovechándome del ajeno de mis antepasados en religión, los moros de Granada, convierto la Alhambra en un templo de escándalo, cuando dentro de ese templo adoro al dios de Mahoma con una comida musulmana ó con un almuerzo progresista, ese templo así santificado por mi personalidad, es mi misma *conciencia materializada* (quizá nunca haya dicho Echegaray una verdad más gorda) y así como mi conciencia es digna de respeto, ó más bien, así como yo he respetado las creencias del pueblo de Granada y la conciencia de los catedráticos católicos, así es respetable también ese templo y el culto que en ese templo doy al Dios que adoro.

Por último, nosotros los racionalistas *hemos aprobado ya la libertad del pensamiento*, y como decía con mucha elocuencia otro racionalista, y quizá sea la única verdad política que este ha dicho, y que contiene el discurso, *de ella es una consecuencia inmediata la libertad religiosa*. Apoyado, pues, en un absurdo que es la libertad absoluta del pensamiento, como de ello dará razón si necesario fuese la partida de la Porra, para apoyar una blasfemia, que es la libertad religiosa, digo y afirmo, que el pensamiento racionalista no puede encerrarse en los moldes teológicos. Y en prueba de mi aserto, si yo conociera la historia, diría para dar un golpe de efecto entre los progresistas, que cuando el ejército rompió esos moldes, vino la época de las grandes concepciones científicas de la Grecia, y que cuando los rompió la Edad Media, ha venido la setembrina, notable tan solo por no haber dado á luz un pensamiento digno de pasar á la posteridad para vergüenza de la patria de los grandes pensadores.

En resumen. La soberanía nacional ha de entender no de la soberanía ilusoria del pueblo, sino de la real y despótica de los racionalistas. Sobre ella están por si acaso los derechos individuales tales como los racionalistas los entienden y les comenta la partida de la Porra. Uno de ellos es la libertad religiosa que permite blasfemar á Suñer y escandalizar á Echegaray, y que encausa al cardenal de Santiago, y priva de la cátedra á los católicos. O de otro modo, y en castellano, hasta ahora mandaron los católicos; hoy toca el turno á los racionalistas, pero con la diferencia de que mientras los unos son consiguientes con su doctrina, los otros tienen que contradecir sus teorías absurdas con el despotismo de sus obras. Esta es la primera parte.

Insertamos á continuación la poesía del señor Herrero, leída por su autor en la apertura del Casino Carlista de Madrid.

LA LEYENDA DE LA CRUZ.

Triste lamento de su pecho lanza

La pobre patria en su desdicha acerba
Y al par que gime, en la callada noche
Esto el anciano al pequeñuelo enseña.

«Grande fué España cuando el cielo quiso
Que en otra edad sus glorias florecieran
Cuando feliz y altiva, de dos mundos
Ciñó á su frente la imperial diadema.
La Cruz fué el norte que guió sus pasos
La Cruz dió noble ser á sus empresas
Y en el camino del honor, radiante
Marcó la Cruz sus bendecidas huellas.
La Cruz fué el estandarte que Pelayo
Enarboló en las cumbres del Auseba,
Y á su reflejos la feroz morisma
Se dispó como ante el sol las nieblas.
Por ella en el Salado y en las Navas
Se hundió del agareno la fiera
Y en las almenas de Granada erguida
Pronto eclipsó de Boadil la estrella.
Por ella el génio de Colón, despierto
Soñó que el mar bañaba otras fronteras,
Y en medio de sus fértiles llanuras
La Cruz halló las ignoradas tierras.
Si el lauro de Pavia y Garillano
Fué tambien de la Cruz gentil presea
En el valle de Otumba, poderosa
Domó del indio la fatal braveza.
Ante su brillo fúlgido en Lepanto
La media luna sucumbió preterva
Y, astro de honor, ennoblecí fecundo
De Trafalgar la fúnebre verbena.
La Cruz dió vida al arte, y en sus obras
Grabó el sello feliz de su belleza
Y en el silencio bienhechor del claustro
Ella encendió la antorcha de la ciencia.
Grandes generaciones á su sombra
Vieron lucir las venturosas eras
En que los siglos al cruzar hallaban
Nuevos blasones y virtudes nuevas.
Amiga dulce del hogar sencillo
Siempre en él presidió la dicha honesta
Y si ella fué de la fortuna aurora
Dia en la noche fué de la pobreza.
¡Oh, Cruz! Pasó tu imperio; mas pasaron
Tambien los lauros de la patria nuestra,
Y en breves lustros de anarquía, fueron
Sus dichas todas y sus glorias muertas.
Siervo la libertad hizo del libre
Y al transformarse en cinica licencia
De angustia lleno el dolorido pecho
En vez de libertad halló cadenas.
Cayó la Cruz de su inefable altura,
El templo del Señor voló en pavesas
Y lúbrica se alzó la mancebia
Donde, mansion de paz, se alzó la Iglesia.
Del arte las grandiosas creaciones
Ultrajó enfurecida la piqueta
Y, ludibrio del fuego, su hermosura
Ceniza fué, que al huracan se avienta.
Allí donde el asilo religioso
Del pueblo fué sublime providencia,
Sacrilego erigióse el vil establo
Donde el pastor á su ganado alberga.
El nombre de Jesús fué mancillado
Por el veneno atroz de la blasfemia
Y fué ultrajada su Divina Madre
Cual prostituta que el rufian desprecia.
La mano del impio despiadada
Abrió cruel la solitaria celda,
Y sorprendiendo á la medrosa Virgen
Que abrazada á la Cruz suspira y reza,
Con esfuerzo brutal, desenfundado
Profana ciego la morada austera
Y entre alaridos bárbaros la arroja
Desde el sombrío claustro á la plazuela.
Al contemplarse la infeliz reclusa
Lanzada en medio de las turbas ébrias,
Sin ver la anciana que guió sus pasos
Por el pensil de la virtud severa,
Sin ver el rostro de la jóven casta
Que en el convento fué su hermana tierna,
Sirviendo al populacho de ludibrio
El blanco velo que su faz rodea,
Tal vez surcó sus pálidas mejillas
De llanto amargo abrasadora perla,

Y como el lirio á quien el cierzo abate
Dobló abatida la gentil cabeza.
Tal vez cuando las sombras de la noche
Al mundo dan sudario de tinieblas
Errante y fugitiva por las calles
Corriendo la ciudad con planta incierta,
Por su feliz instinto conducida
Logró llegar á la mansion desierta
Y arrodillada en el dintel sagrado
Bañó con llanto la marmórea piedra.
El cárdeno fulgor de la alborada
Tal vez la sorprendió trémula y yerta
Cuando al cielo en silencio dirigia
Por su verdugola oracion postrera.
Y al vibrar á lo lejos la campana
Que al nuevo dia saludando alegra,
Y que al cristiano marca santamente
Que el nuevo dia en la oracion empieza,
Tal vez por la costumbre subyugada
Soñó que estaba en la tranquila celda
Y súbita se alzó para ir al coro
Abrir queriendo la cerrada puerta.
¡Triste ilusion! Los goznes ruginosos
No ceden á sus ansias lastimeras,
Y al agitar el llamador de bronce
Que del templo las bóvedas atruena,
Tal vez por un postigo, traicionero
Asoma un rostro livido á la reja
Y al ver á la infeliz transida, dice
Con estentórea voz: «Vete ramera.»

¡Oh! Cruz pasó tu imperio; mas pasaron
Tambien las glorias de la patria nuestra
Y en vez de dichas y virtudes, solo
Florecen males que los vicios siembran.
Te derribó el soberbio y se cegaron
Las claras fuentes del saber, serenas,
Y en su lugar brilló, lanzando rayos,
La impura luz de envilecidas letras.
Y en el torrente impio hoy anegados
Los timbres de su antigua fortaleza,
Esta nacion que de otras fué señora
Señora sólo es hoy de sus miserias.

Calla el anciano y en su faz arada
Estampa el llanto sus ardientes huellas,
Y al verle sollozar los que le escuchan
Del llanto sienten estallar la vena.
Entonces se alza el venerable viejo
Y ardiendo fuego en sus pupilas negras
Señala un cuadro en la pared colgado
Que al Rey D. Carlos de Borbon presenta
Y «Ese es el hombre—dice—que á la patria
Puede volver su brillo y su grandeza
Por él la Cruz renovará sus glorias
Por el ferviente ya el cristiano reza.
Por él rezad: y sin cesar pidiendo
Que el Dios de las victorias le proteja,
Bendiga Dios la desgraciada patria
Ya que la patria en su favor despierta.»

BUFONADAS.

Dice un periódico que los carlistas se van á levantar en uno de los dias de Julio.

Se equivoca; los carlistas se van á estar levantando, si Dios quiere, todos los dias.

Segun *La Correspondencia*, el miércoles hubo, que sepamos, dos heridos en la calle de Peligros, en la Costanilla de San Justo otro; en otro sitio tres heridos, uno de un tiro; en la verbena un buen número de contusos y heridos. ¿Puede darse más orden y seguridad?

En una noche más de veinte heridos. Con razon se llama esta genté de Alcolea, porque esto es un Alcolea perpétuo.

El otro dia estuvo Montpensier en el barrio de Salamanca. Los balcones se colgaron para ver á su majestad democrática.

Entró en casa de Topete, y á poco se oyó rezar. Como buenos cristianos, se estaban encomendan-

do el alma. Despues se dijeron conmovidos... ¡Adios! ¿Será el último?

En Tarragona, donde asesinaron al secretario, á dos leguas de las barbas del gobernador (se quitó del medio aquel dia), ha habido otro ordenado desorden, con sus palos, sus heridos, etc.

Pues señor, con tanto calor como hace se va poniendo la gente insoportable.

Buen principio de verano.
Ahora lo que falta es que la partida de la Porra empiece á hacer de las suyas, y los sepultureros estarán de enhorabuena.

El Sr. Planas dice en su higiénica carta sobre Espartero:

«Espartero corre y correrá mucho más de lo que correr puedan los que propalan tales noticias.»

Basta, Sr. Planas, ya sabemos que es indispensable á un liberal saber correr.

El gobernador de Vizcaya, célebre profesor de literatura progresista, ha sido declarado cesante.

El Sr. Rivero, como buen cimbrío, se ha propuesto desterrar esa literatura y va á quitar hasta los textos.

Nada, D. Nicolás, examínelos V. siquiera de gramática antes de darles el baston.

Dice un periódico que la Granja se ha llenado de carruajes pertenecientes á la democracia española.

Sólo el regente y la servidumbre pala-ciega llevan diez y ocho.

Si esto es verdad, como se dice, es muy natural que la democracia guste de ir en berlina.

Parece que son los coches que más usan.

El liberal Sr. Zurita, vencido en las elecciones de Alcalá, dice que no quiere hablar de esta situacion y su descrédito, porque está identificado con ella.

¿Qué tal será el Sr. Zurita, identificado con una situacion que no usa *medios Vecitos*?

Nada, no hable V., basta y sobra con lo dicho.

Un periódico republicano llama verdugo á un sargento que dió un mogicon á un quinto en Guadalajara, y otros periódicos de la comunión llaman héroes á los sargentos que fusilaron á sus jefes en San Gil.

Si el progreso progresa y se equilibra, el hombre es libre y la mujer es libra;

y siendo liberal todo esto al cabo, áteme usted esta mosca por el rabo.

Han llegado varias barras de oro para la casa de la Moneda.

El oro dicen que es bueno; la moneda ya nos dirá Albareda qué tal es.

Leo en un periódico que han sido premiados muchos alumnos en el Conservatorio de música.

Supongo que la partida de la Porra habrá sacado el primer premio de *solfeo*.

ÚLTIMA HORA.

En la noche del viernes fué atropellado escandalosamente el Casino Carlista de Madrid por el pueblo soberano.

¡Viva la libertad!

¡Vivan los derechos individuales!

¡Já! ¡já! ¡já! Sr. Rivero, está visto que no se puede con los muchachos.

¡Hasta en Madrid hacen de las suyas!

Jí, jí, jí... Oigo carcajadas.

Es el imperio de Marruecos que se desternilla de risa contemplando la majestad de la civilizacion progresista.

¡Y seguimos siendo la admiracion de la Europa!

No es nada lo del ojo.

Madrid: 1870.—Imprenta á cargo de J. J. Heras.
Calle de San Gregorio, 5.